

Sin embargo de que el gobierno estaba haciendo todo lo que era compatible con su dignidad para salvar la crisis, el público decía.

—¡Cuántas torpezas está haciendo el gobierno!

Pero ¿cuáles eran esas torpezas?



CAPITULO XLVII.

Amenazas europeas.

EN menos de tres años de gobierno, don Benito Juárez había cambiado nueve ministerios, desfilando por su administración de cuarenta á cincuenta personas de las más notables en el periodismo, en la tribuna, en el foro y en la banca. La banca consistía entonces en los contrabandos que se hacían por Tepic, lo cual hizo figurar en el ministerio de Hacienda á don Gabriel Castaños que fracasó en el primer enjuague financiero.

Esas sesenta personas habían naturalmente ejercido mayor ó menor influencia en el gobierno; pero en los negocios graves siempre se hacía notar el carácter inflexible, vigoroso, enérgico, verdaderamente acerado del indio oaxaqueño.

Así fué como lo encontraron, firme como si fuera un hombre de granito, don Santos Degollado y González Or-

toga, que cuando eran los ídolos del pueblo, recibieron muestras patentes de su inmovible serenidad: el primero siendo eliminado de la secretaría de guerra y haciéndole sufrir un proceso; el segundo cuando le hizo presente que no lo necesitaba en el poder y le dejó sin el mando de las armas.

Así fué también como lo encontró impasible el vendabal furioso con sus avalanchas de escuadras extranjeras que amenazaban venir á barrerlo con todo y sus pobres legiones y cuanto les opusiera á su paso.

En los fines de 1861, cuando las potencias europeas se habían propuesto resueltamente venir á concluir con nuestra anarquía que decían era endémica, haciendo con ello una obra de caridad á la civilización; cuando venían á establecer un gobierno fuerte que diera garantías á los extranjeros; cuando venían en suma á cobrarse por la fuerza lo que nadie se negaba á pagarles, era cabalmente en los momentos en que la reacción sólo estaba representada por unas cuantas partidas de bandoleros que se ocultaban en los montes; cuando los extranjeros disfrutaban de mejores consideraciones que los nacionales, y cuando el gobierno, un poco libre ya de las calamidades que habían estado gastando sus energías, sus fuerzas y sus recursos, se preparaba á dar satisfacción á los tratados que ni siquiera eran suyos, sino carga que le había dejado la reacción conservadora, pagando las deudas que se habían contraído sin otro fin que ensangrentar el suelo de la patria.

El palacio nacional se veía en esa época más concurrido que nunca: eran tantos y tan variados los rumores que circulaban, era tanto lo que se decía respecto de lo que se proponían hacer con nosotros Francia, Inglaterra y España, particularmente la última, que aseguraba era la

más decidida á aniquilarnos, tomando la revancha de lo que habían hecho Hidalgo, Morelos, Iturbide y Guerrero, eran tan interesantes también los asuntos que debatía el Congreso, que la curiosidad, el interés, el temor ó el entusiasmo hacían que toda clase de personas recorrieran casi en tropel los corredores de Palacio, formándose grupos aquí y allá que discutían con calor los negocios públicos, cruzándose sin término desde por la mañana hasta por la noche, las más variadas opiniones y noticias.

Una mañana apareció allí un hombre de buen aspecto, vestido de general, acompañado de dos oficiales, que llamó mucho la atención porque llevaba una pierna de palo apoyándose en un bastón y era saludado con mucho respeto por los oficiales que lo encontraban al paso.

—¿Quién es ese? preguntó el diputado Buenrostró.

—¡Cómo! ¿no lo conocen ustedes? contestó Ordorica que había sido coronel de guardia nacional, es el general López Uruga.

—¡Ah! el que cayó herido en poder de Woll en Guadalajara cuando atacó aquella plaza.

—El mismo.

—Este general no había vuelto á figurar desde la guerra de tres años, dijo Méndez.

Entonces el primer diputado exclamó dándose una palmada en la frente:

—Ya sé: viene á ofrecer su espada á don Benito Juárez para el caso de que haya guerra extranjera.

—¿Y qué noticias hay ahora? preguntó Bustamante.

—Acabo de estar en Relaciones, contestó Buenrostró, y he visto una copia de las instrucciones comunicadas por el gobierno español al capitán general de Cuba don Francisco Serrano.

—¿Pero se mandaron ya oficialmente á nuestro gobierno?

—No: las consiguió un agente mexicano en Madrid y las mandó con mucha reserva.

—¿Y qué dicen?

—Que se aliste para venir con veinticinco embarcaciones y una tropa de desembarque de seis mil hombres al puerto de Veracruz, ocupándolo como prenda pretoria mientras se cumple con los siguientes puntos. 1°. Satisfacción por la expulsión del embajador Pacheco. 2°. Reconocimiento del tratado Mon-Almonte. 3°. Indemnizaciones por todas las quejas de súbditos españoles. 4°. Pago de las deudas que hubiere pendientes. 5°. Indemnización por una fragata *Concepción* que se perdió en las aguas mexicanas. 6°. Y lo demás que se vaya ofreciendo.

—Aseguro que á esos seis mil hombres nos los comemos aquí, dijo el coronel Ordorica.

—Pero en todo ello no hay nada que amerite una guerra internacional.

—Dicen que no vendrán los españoles en son de guerra, sino que solamente vienen á hacernos una demostración.

—Si vienen á las aguas de Veracruz una escuadra y además veinticinco embarcaciones con tropas de desembarque, es claro que tiene que haber una agresión, y habiendo una agresión, ésta da derecho á la justa defensa. Si llegan á romperse las hostilidades, ¿quién será capaz de decir á dónde se puede llegar?

—¡Y todavía si viniera España sola!

—Es claro que no viene sola; pero quiere ser la primera con el fin de adquirir mayores ventajas.

—A mí se me figura, dijo Juan Bustamante, puede

ser esto sólo un buen presentimiento, que de quien menos debemos desconfiar y de quien menos debemos temer es del gobierno español que todo se ha de volver bravatas. Para mí los peligrosos son los franceses y los ingleses, cuyos ministros han tenido para nosotros no solo animosidad, sino verdadera rabia.

—¿Pero no ha visto usted, don Juan, como nos ponen los periódicos madrileños? Lo menos que dicen es que necesitamos nueva conquista para que aprendamos á fuerza del látigo á ser cultos, á ser honrados, á saber tratar á los extranjeros y á saber gobernarnos.

—El caso es que España nada tiene que reclamar.

—Y las otras naciones, ¿qué tienen? pretextos, solamente pretextos, porque el poco dinero que se les debe, sobre todo á Francia que apenas monta á unos cuantos miles de pesos, sin incluir los asquerosos bonos de Jecker que trae en el bolsillo su patrono Dubois de Saligny, no compensa los enormes gastos que tienen que hacer para traer expediciones armadas.

—El ministro francés, Mr. Dubois de Saligny, es el peor enemigo que tiene México: casi se puede decir que á él debe el gobierno y la nación las terribles dificultades que se vienen encima.

—Sí, porque en realidad Sir. Ch. Wiyke se ha mostrado algo conciliador, y tal vez es el diplomático que ha dado á su gobierno los informes menos ofensivos para nosotros.

—De quienes ha informado mal diciendo que son unos ladrones, ha sido de Márquez y Miramón, por el robo del dinero de la legación inglesa.

—Sea como fuere, señores, dijo Buenrostro, estamos sobre un volcán.

—¿Y qué jaez de pájaro es el general español don Francisco Serrano que parece es el que han nombrado para venir á combatirnos? preguntó Ordórica.

—No ha de ser de seguro otro Hernán Cortés, contestó Méndez.

—Yo lo conocí cuando estuve en la Habana, dijo Bustamante, tiene los bigotes recortados, los labios gruesos, feo, tiene una fisonomía patibularia.

—Yo preguntaba respecto de sus dotes militares.

—Es uno de los favorecidos de la Corte y nada más.

En esos momentos se agregaron al grupo los diputados Goytia y Ruiz que salían de la Presidencia, y dijo el primero:

—Serán ustedes los primeros que sepan la noticia: no está declarada la guerra de una manera oficial; pero el gobierno tiene noticia de que se están haciendo grandes aprestos militares en la Habana, y que de un momento á otro se hará al mar, si no se ha hecho á estas horas, una poderosa expedición compuesta de quince buques de guerra y de un gran número de embarcaciones con tropas de desembarco. El general Uraga ha sido llamado por el Presidente para encargarle el mando del ejército, y saldrá hoy mismo ó mañana á preparar la defensa nacional.

Por más que estuvieran aquellos diputados muy hechos á todas las sorpresas, á todas las noticias alarmantes y á todas las situaciones difíciles, no dejaron de impresionarse penosamente con aquellas palabras, y Ordórica fué el único que pudo decir con entereza.

—Nos defenderemos. Lo que es de lamentarse es que estemos desunidos los mexicanos. Por una parte están los conservadores y clericales debilitando al gobierno con todas sus guerrillas que es fuerza perseguir, y por otra, has-

ta nosotros los diputados estamos divididos en juaristas y orteguistas. Si no fuera eso...

—Si no fuera eso, siempre seríamos débiles para luchar contra toda la Europa; pero ya costaría trabajo reducirnos si peleáramos como un solo hombre.

—El patriotismo hará que todos vengan al lado de Juárez que es la cabeza de la Nación, prorrumpió Ordórica con fuego.

—Así debía ser, dijo Goytia, pero precisamente acabo de saber en la Presidencia que hay un padre Miranda en la Habana que está mandando cartas á los jefes conservadores diciéndoles que en caso de invasión se pongan del lado de las tropas invasoras.

—¡Traidor infame! volvió á exclamar Ordórica.

Frente á frente de este grupo de diputados juaristas, había otro pequeño grupo de orteguistas, que formaban por entonces el partido de la oposición, quienes sin dejar de profesar los mismos principios liberales, habían firmado una representación que le llamaron la de los cincuenta y uno, pidiendo á Juárez que se separara del poder y lo dejara en manos de González Ortega.

Se había formado este partido en la Cámara, en el público y aun en el ejército, así por los laureles de las victorias que había ganado el general zacatecano, pues los mexicanos siempre nos hemos deslumbrado más de lo debido por las glorias militares, como porque se creía que en el gobierno se habían sucedido los desaciertos por la ineptitud unas veces, y otras por las debilidades y condescendencias de los diversos personajes que habían desfilado por la Presidencia como ministros.

Juárez no sabía reírse, y por eso no se rió de aquel partido personalista que quería llevar al poder á un hom-

bre que no tenía más méritos ni más antecedentes que haberle sonreído la fortuna en tres hechos de armas en que poco tuvo que poner de su parte, lo mismo que Iturbide cuando venció al poder virreinal que estaba de antemano vencido; pero si no lanzó Juárez una carcajada de las que llaman homéricas al recibir la representación de los 51, si permaneció ante ellos con su impasibilidad de costumbre, y cuando se le pidió un acuerdo sobre aquel asunto, respondió que no se contestaban impertinencias.

En el grupo de los orteguistas estaban Saborío, Tovar y Rojas. También habían visto entrar al general Uruga á la Presidencia hacía más de una hora, y también andaban por allí á caza de noticias para transmitir las á su jefe quien se encontraba por entonces un poco retraído de los negocios públicos, á lo menos en la apariencia.

—Al pasar por allí, les dijo Saborío señalando al grupo enemigo, he oído que Goytia daba una noticia que me ha llamado mucho la atención.

—¿Cual? preguntó Rojas.

—Que el general Uruga ha sido nombrado jefe del ejército.

—Eso no puede ser, exclamó Tovar, á González Ortega es á quien corresponde de derecho repeler la invasión extranjera en el caso de que la haya.

—Pero también el general ha renunciado á todo, dijo con tristeza Saborío, ¿cómo Juárez que es tan orgulloso ha de ir á buscarle la cara?

—Pero al menos debía llamarlo y decirle: Se trata de esto, ¿quiere usted ponerse al frente de la defensa nacional? Y sólo en el caso de que el general no aceptara podría fijarse en otra persona.

—También es verdad que don Benito le tiene mucho miedo, observó Tovar.

—González Ortega no es desleal.

—Bueno: eso lo sabemos nosotros; pero quite usted de la cabeza á Juárez que ama la silla como si fuera la hija de sus entrañas, que el nuestro quiere quitársela, como de hecho se la quitará, en el momento que se le antoje.

—Cuando menos sabe que no abusará nunca del mando de las armas.

—Siempre es para él un rival peligroso, dijo Rojas.

—Se me figura que tienen que terminar todas las rivalidades desde el momento en que nos amenaza una guerra extranjera, dijo por su parte Saborío.

—¿Y qué hay de noticias?

—Hay la mar de noticias en los periódicos extranjeros y principalmente en los americanos, contestó Rojas. El ministro de la guerra tiene más de veinte marcados de rojo en que se hacen toda clase de apreciaciones muy desfavorables de nosotros. Los periódicos españoles nos dirigen insultos, los franceses amenazas, los ingleses lecciones de formalidad y los americanos predicciones nada consoladoras. Los que nos hacen más favor, dicen que somos ingobernables y que nos hace falta un protectorado. En lo general dicen que debemos desaparecer como nación y depender como colonia de alguna potencia que nos cobije con sus alas de madre.

—Poco importa lo que digan los periódicos, lo que nos interesa es saber lo que hacen los respectivos gobiernos.

—Después de haber roto las relaciones diplomáticas los ministros inglés y francés, después de haber arreado las banderas de las legaciones y haber cerrado éstas, des-

pués de haber sido expulsado el embajador español por nuestro gobierno . . . las consecuencias están indicadas, dijo Saborío suspirando.

—Pero los ministros diplomáticos no son los gobiernos mismos, objetó Tovar.

—Los ministros no dan paso ninguno sin instrucciones de sus respectivos gobiernos, contestó Rojas.

—Con nosotros han estado no solamente tirantes, sino muy hostiles, dijo Saborío bajando la voz como temeroso de que se le oyera, yo sé de cierto que nos han levantado mil calumnias, que han agrandado cuanto han podido sus respectivas reclamaciones, que han estirado la cuerda demasiado con la idea fija de hacerla que se reviente y . . . tendrá que venir la guerra porque la quieren los ministros, porque ya nos han amenazado con ella principalmente Dubois de Saligny.

—¿Es cierto eso?

—Me lo ha referido el mismo general. En una conferencia oficiosa que tuvo con ese diplomático, éste le dijo poco más ó menos: «no hay arreglo posible con ustedes, porque no tienen manera de garantizarnos ninguna de nuestras reclamaciones ni con los Estados Unidos que también van á ser aniquilados por Europa. El emperador tiene ya en sus manos los destinos de México, y así como se propuso ser el árbitro de los de Italia y lo fué, así lo será de esta nación. El emperador tiene una voluntad de hierro. Ya dijo que se la van á pagar ustedes y se la pagarán.»

—¿Al general González Ortega le habló en esos términos Saligny?

—Sí, señores.

La conversación fué interrumpida por la aparición del general Uruga que salía de la Presidencia acompañado

de muchos militares. Cuando estuvo en medio de los grupos de diputados y demás políticos que pululaban en los corredores, buscando una cara conocida, y en ese momento se fijó en Ordorica á quien no veía desde Guadalajara:

—Coronel, le dijo, supongo que se vendrá usted conmigo.

—¿A dónde, mi general?

—A la campaña de Veracruz. El gobierno me ha hecho el honor de nombrarme general en jefe de nuestras tropas.

—¿De modo que está declarada la guerra? preguntó uno de los diputados.

—Todavía no; pero ya hasta en notas oficiales se nos amenaza con que viene á devorarnos la Europa.

El general Uruga se alejó riéndose, y los diputados se despidieron con caras compungidas.

Los sucesos se precipitaron como nadie se lo esperaba. Los españoles, contra su costumbre, desplegaron una actividad extraordinaria, siendo su voluminosa escuadra la primera que se presentó en las aguas de Veracruz, pues les corría prisa, según dijeron, tanto porque era fuerza anticiparse á los nortes, como para salvar á los súbditos extranjeros que estaban en peligro de ser asesinados en Veracruz.

El comandante general de marina, don Joaquín Gutiérrez de Rubalcaba, que tenía el mando en jefe de la expedición, dirigió al general Llave, gobernador de Veracruz, un *ultimatum* mencionándole la larga serie de agravios que se proponía vengar en México el gobierno de S. M. C. y que así para obtener cumplida satisfacción por tantos ultrajes, como para hacer cumplir los pactos y asegurar las debidas consideraciones para lo futuro, tenía que ocupar la plaza de Veracruz y el Castillo de San Juan de Ulúa. Si en

24 horas no se hacía la entrega ni se recibía contestación, comenzarían las hostilidades.

Todo el mundo se fué de espaldas: los mismos ingleses y franceses que estaban ya en Veracruz se preguntaban: ¿cómo se procede así sin previa declaración de guerra? ¿por qué es el comandante el que firma el *ultimatum* y por qué lo dirige á un gobernador? ¿por qué se anticipa á la acción de las otras naciones que debe ser combinada con ellas según el tratado de Londres?

Y los mexicanos por su parte también se preguntaban: ¿qué significa ese atrabancamiento? ¿para qué se obra con precipitación y sin ningunas formalidades? ¿Se quiere, pues, la guerra á todo trance sin dar entrada á ninguna explicación ni á ningún arreglo? ¿cuáles son los pactos que no se cumplen, los ultrajes de que se quejan, los españoles que se han asesinado, las deudas que no se quieren pagar y los demás motivos poderosos que puedan existir, para que sin más ni más nos rompamos las cabezas?

Llave contestó que ya transmitía las notas al jefe de la Nación, y que respecto á garantías de los extranjeros, las tenían mayores que los mexicanos no sólo en Veracruz, sino en toda la República.

El gobierno de México dijo al de Veracruz: «Ajeno sería del gobierno de la República dirigirse á un jefe que, salvando las formalidades del derecho de gentes, comienza intimando la entrega de una plaza. El grito de guerra que la Nación ha lanzado espontáneamente, marca al gobierno el camino que debe seguir, y no será el Presidente el que retroceda delante de una invasión extranjera; con tanta más razón, cuanto que en el caso, México no hace más

que rechazar la fuerza con la fuerza, usando de su derecho natural é incontrastable.»

Sin embargo, la prudencia aconsejó retirarse por el momento, dejando abandonados á los españoles el castillo de Ulúa y la plaza de Veracruz, porque se temía que una vez disparado el primer cañonazo, no se sabría cuándo se tendría que disparar el último. Por otra parte, se abrigaba la esperanza de que Inglaterra y Francia no aprobarían aquel modo atropellado de proceder tan fuera de los usos internacionales, por más que se tratara de un pueblo pobre, desangrado con los discordias intestinas é inerme casi ante tantos desastres. Era necesario agotar la paciencia y el sufrimiento, hasta que ya no quedara más recurso que defenderse hasta morir.

Un general español, Gasset, fué el que ocupó la plaza de Veracruz, y en su proclama dijo que veía en aquellas playas las huellas de Hernán Cortés. . . .

Pero eso no era nada: los ministros inglés y francés se retiraron de México por esos días, rompiendo toda clase de relaciones con el gobierno, para irse á Veracruz á reunirse con sus escuadras y desde allí fulminar sus rayos contra el gobierno de don Benito Juárez, á quien aborrecían, y contra la Nación, á la cual despreciaban.

En Veracruz fué donde se acabó de formar el complot que debía devorarnos, y de donde la Europa, representada por ministros, mariscales, almirantes y generales, nos mandó sus amenazas de muerte.